Mil años de cara de piedra

La Isla de Pascua y el enigma de los 900 dioses de piedra que desde el año 1000 una civilización aislada en la inmensidad del océano Pacífico plantó de espaldas al mar.

SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12

DOMINGO 2 DE ENERO DE 2000

MALVINAS
Volver a las islas

POLINESIA
En el Reino de Tonga

NOTICIERO

Moneta era una diosa



Uno de los departamentos más interesantes del Museo Británico de Londres es el que ilustra la historia del dinero y las formas de pago durante los últimos 4 mil años. Abarca una incontable variedad de culturas y períodos históricos, que van desde la época en que se utilizaban granos, tablillas y metales (en Egipto, Mesopotamia y China), hasta el dinero electrónico de la actualidad. Hay medio millón de billetes y monedas, entre las que sobresale una forjada en Roma en el año 45 a.C., con la cabeza de la diosa Juno Moneta, de donde deriva la palabra "moneda". Para los antiguos romanos, la diosa era la guardiana de las finanzas del Estado. El templo dedicado a Juno Moneta en el Capitolio era la Casa de la Moneda de esos tiempos: allí se guardaban los cuños o troqueles de la *moneta*.



CAMINATA POR LA PLAYA DE UNA DE LAS 171 ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO TONGUÉS.

EL ARCHIPIELAGO DE TONGA, EN EL PACIFICO SUR

En el lejano reino donde comienza el día

Por Mirta Gaggini

Ciento setenta y una islas, de las cuales sólo 45 están habitadas, conforman el paradisíaco reino de Tonga, el archipiélago polinesio ubicado al este de Australia. Islas volcánicas, lagunas transparentes, arrecifes de coral, largas playas y una vegetación exuberante. Placeres y sonrisas en la tierra natal de los maoríes.

Sueña a veces con arribar a una lejana isla que desmienta que el mundo es un pañuelo? ¿En la que no recuerde que estamos globalizados, ni inducidos a consumir? ¿Donde no pague con dinero cada sonrisa que reciba, donde, en fin, no se desdeñe la obra del hombre, pero sea de la naturaleza el latido que se imponga?... Déles vía libre a esos sueños –y a sus sospechas de que aún existen lugares así– porque esto, y bastante más, le ofrece la tierra natal de los maoríes, el lejano reino de Tonga.

Ubicado en el Pacífico Sur, al oeste de la línea de separación de los husos horarios –también llamada la línea del día–, las 171 islas que conforman este archipiélago polinesio se distribuyen en unos 700 kilómetros cuadrados de aguas oceánicas. Tonga está situado al este de Australia, con Fidji al noroeste, Samoa al norte y las islas Cook al noreste. Pese a que más de un tercio de sus 100.000 habitantes vive en Tongatapu, la isla principal, las diferencias entre las islas (sólo 45 están habitadas) van más allá de su densidad poblacional.

De Tongatapu a las islas Nivas

Conforme a lo que el visitante desee, podrá demorarse recorriendo Nuku'alofa, casco viejo de la isla principal, admirar el palacio victoriano habitado por la familia real y, alejándose sólo 15 kilómetros, impresionarse ante olas de hasta dieciocho metros de altura, formadas por un túnel que encamina y multiplica la potencia con la que ingresa el agua de mar luego de su choque con los corales que bordean su costa. Tongatapu no tiene playa, y parece haber sido esta geografía la aliada de los tongueses a la hora de repeler a los ingleses cuando intentaron su conquista. Pero, si lo que el viajero anhela es soledad, puede tomar un barquito hasta alguna isla del grupo Ha'apai, de origen volcánico, donde encontrará lagunas de agua transparente, arrecifes de corales y extensas playas; sin duda, uno de los mejores lugares para los estudiantes de biología marina. Puede también encaminarse al archipiélago Vava'u o, si su deseo es alejarse de casi todo, puede llegar hasta las remotas islas volcánicas del norte, conocidas como Nivas.

Pese a la diversidad, este reino posee un sello común que lo aúna, dado quizás por el mismo mar que acaricia sus costas, o por el orgullo de su raza, consciente de ser el único país del Pacífico jamás colonizado.

El tongués es amigable, aunque no servil, y disfruta de sus festividades participando en ellas con danzas y cantos. El baile tradicional, llamado genéricamente *lakalaka*, comprende hasta 100 diferentes coreografías, que son ejecutadas al ritmo de música compuesta fundamentalmente por coros muy suaves acompañados con instrumentos de cuerda. Cada *lakalaka* agrada no sólo a los sentidos sino también a la memoria, recreando el pasado y el porvenir, para informar a sus jóvenes y recordar a sus ancianos diferentes hechos de su historia.

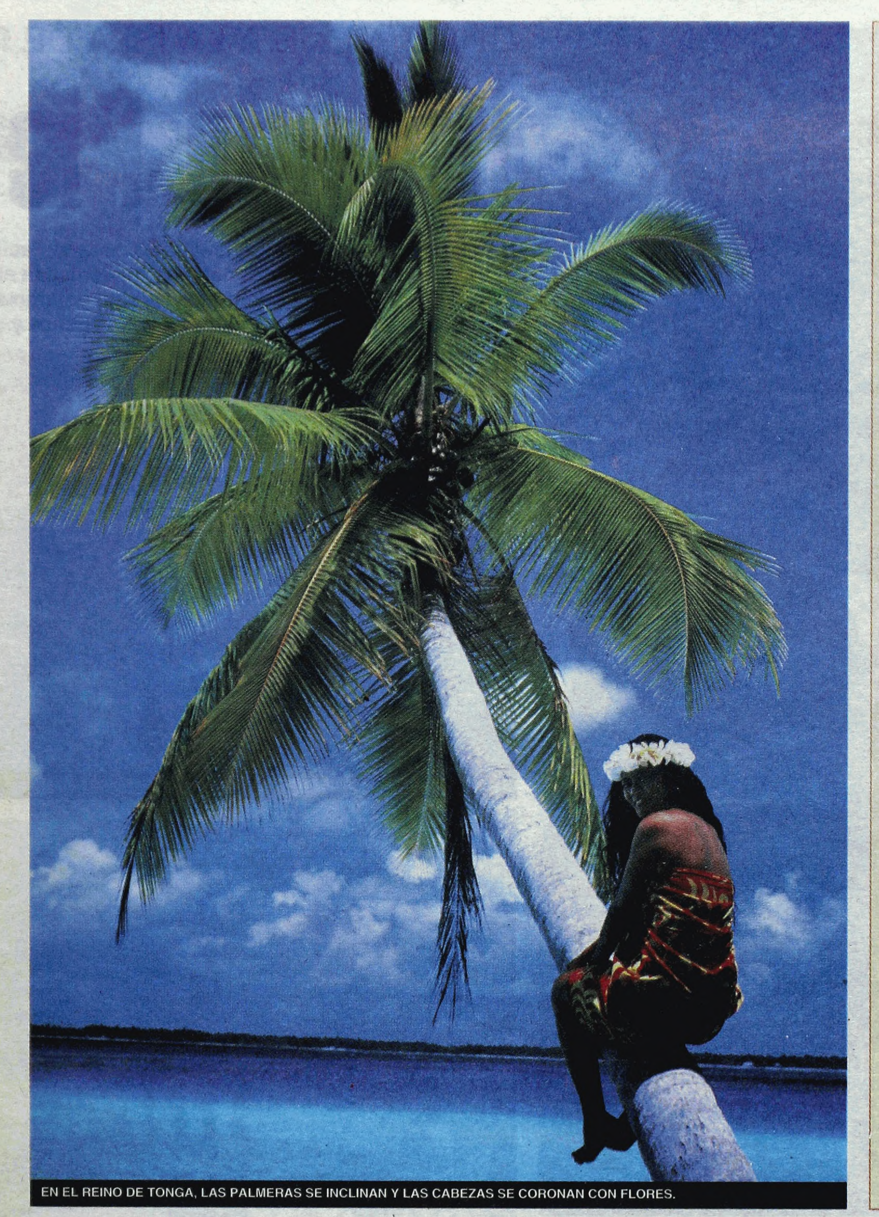
El clima de Tonga es tropical, lo que ayudará al viajero a hacer una cura de desintoxicación, al menos durante el desayuno, en el que le ofrecerán variedad de frutos de esta tierra. Podrá luego darse permiso y disfrutar sin culpas el momento (o la eternidad) de probar el *umu*, menú preparado en base a pescado o cerdo y cocido lentamente en hornos subterráneos, o el *magi-magi*, gran pez azul que es muy demandado por su exquisito sabor, y que los tongueses acostumbran a ofrecer asado a la parrilla, o cocido al vapor, de acuerdo con la preferencia del comensal.

La magia se completa con ayuda de su exuberante vegetación, protegida y aprovechada por sus nativos. Las palmeras proveen la materia prima para hacer cestería y las "tapas" –tejido realizado con su fibra blanqueada– que tienen un importante papel en la vida social por cuanto se utilizan para tejer manteles, tapicería, sobrefaldas masculinas, y esteras sobre las que aún acostumbran descansar. No es menos importante su papel lúdico: los chicos las transforman en toboganes de hasta 20 metros que recorren alegres y veloces con la excusa de obsequiar cocos a todo visitante que lo desee. Las flores son demandadas por las mujeres, quienes invariablemente embellecen su pelo con ellas. Y algunos árboles, especialmente las casuarinas, son elegidas como moradas por los "zorros voladores", murciélagos que se cuelgan de sus ramas en la villa de Kolovai, a no más de 20 kilómetros de Nuku'alofa, en la isla principal. Tonga es uno de los pocos lugares del mundo donde se encuentra esta especie, con algunos ejemplares que alcanzan una envergadura (punta de ala a punta de ala) de dos metros. Uno de los pocos privilegios que poseen los miembros de la familia real es el de ser los únicos autorizados para su caza.

Pero, sin desmedro de su superficie, el verdadero paraíso de Tonga comienza cuando se alcanzan los cinco metros de profundidad bajo las cálidas aguas del Pacífico Sur. Más de cien especies de peces tropicales, arrecifes de corales negros, rojos, corales "cerebro" (denominados así por la semejanza de su forma con el cere-



CABAÑAS PARA UNAS VACACIONES EN EL PACÍFICO SUR.



EN EL REINO DE TONGA, LAS PALMERAS SE INCLINAN Y LAS CABEZAS SE CORONAN CON FLORES.

bro humano), más una importante variedad de caracoles pueden ser disfrutados en toda su dimensión gracias a que la visibilidad supera ampliamente los treinta metros. El mar es el escenario elegido para la práctica de la mayoría de los deportes, y esto se advierte cuando se conoce el club de veleros de Tongatapu, o la pasión con la que los tongueses se abocan a la fabricación de canoas. Al viajero le ofrecerán, además, la práctica de snorkel y, obviamente, bucear hasta perder el aliento. Para cuando decida hacer un paréntesis en tanto esfuerzo físico personal, vale la pena aclarar que el rugby tiene muchos adeptos y la selección nacional es respetada dentro y fuera de Tonga.

Nunca en domingo

En sus paseos por las islas de Tonga, el viajero también podrá aproximarse a la cultura de este pueblo. Por ejemplo, es casi inevitable compartir en algún club de "kava" un brindis con y por esta bebida a la que le son fieles desde hace algo así como dos mil años, o admirar el trabajo de los artesanos tallando madera y huesos de grandes peces para reproducir figuras sagradas, o engarzando perlas en collares y brazaletes con los que luego se adornarán. Sabrá así que los hombres de este lugar no desconocen la importancia del intercambio comercial, pero ponen más empeño en la celebración de las festividades, o en el simple placer de cantar y danzar, por lo que espontáneamente surgen coros y danzarinas. La importancia de la familia, y de los individuos que la conforman, se adquiere no por la acumulación de capital ocioso sino fundamentalmente por la cantidad de cerdos que ofrezcan a sus invitados en las fiestas que celebren. Quizá por eso sus estampillas postales no reproducen, en blanco y negro, figuras de próceres, sino coloridos frutos de sus riquezas (como bananas, cocos, peces o pequeños insectos). Recién entonces el visitante estará preparado para aceptar que toda la disponibilidad que despliegan los tongueses para atenderlo durante la semana, desaparece si es domingo.

En esa ocasión lo atenderá algún extranjero, porque aún no hubo argumento que convenciera a este pueblo de la conveniencia de trabajar también ese día.

PINAMAR: EL ANTIGUO HOTEL DE OSTENDE

Aquellos viejos tiempos

El Viejo Hotel Ostende cumplió 86 años el pasado 15 de diciembre. A sólo 2 kilómetros de lo que es hoy el centro de Pinamar, un grupo de pioneros belgas construyó en 1913 el hermoso hotel como punto inicial para hacer surgir en las desoladas playas de esa época una villa balnearia de características europeas. El estallido de la Primera Guerra Mundial dejó trunco el proyecto pero el edificio ya había sido terminado y el hotel se puso en marcha con tal determinación que siguió funcionando a lo largo de este siglo que termina y promete seguir, por lo menos, un siglo más.

Enclavado entre las dunas y el mar, el hotel fue acumulando historias que inspiraron en algunos de sus huéspedes otras historias. Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo escribieron una novela policial (*Los que aman, odian*), cuya trama transcurre en los salones y cuartos del hotel sitiado por tormentas de arena, el mismo donde Antoine de Saint Exúpery pasó largas temporadas de verano en su paso por la Argentina.

El Viejo Hotel conserva mobiliario de principios de siglo, el espíritu de una época y el trato personalizado que distinguió a los viejos hoteles europeos. Una cuidadosa y permanente tarea de restauración y reciclaje ha transformado el pozo del molino en una magnífica piscina, y en la antigua panadería con horno a leña (conservado) que proveía a toda la zona en tiempos de su fundación, funciona el Bar de la Piscina. La vida social y cultural que se desarrolla es bastante intensa (exposiciones de arte, conciertos de jazz, fiestas de disfraces, piano bar, shows de magia, etc.) pero al mismo tiempo es un sitio ideal para el descanso y la vida sencilla de playa, suficientemente separado del centro de Pinamar para que esto se cumpla y lo suficientemente cerca para quienes añoren en días de vacaciones una cierta agitación.



Asimismo, el hotel cuenta con salón de juegos (pool, metegol y ping-pong), juegoteca, videoteca y biblioteca para préstamo a sus huéspedes. En su comedor (el hotel se comercializa con media pensión, desayuno y cena, y carpa en la playa) los visitantes se deleitarán con una comida absolutamente casera y con el grado justo de refinamiento, manteniendo la simplicidad que caracteriza al hotel. El servicio de playa que se incluye en la tarifa es prestado por el balneario del Viejo Hotel, emplazado en lo alto de un médano a 150 metros del hotel. Ofrece servicio de bar y restaurant especializado en comidas de mar, además de minutas y sandwiches. Actualmente el hotel posee dos tipos de habitaciones, antiguas y remodeladas y un sector de 17 departamentos. Para la temporada 99/2000, la habitación antigua sale 57 pesos por día por persona y la remodelada 67 pesos. En ambos casos incluye desayuno, cena y balneario. El apart hotel sale 62 pesos por persona con desayuno y balneario. Más información: en Buenos Aires: Avda. Roque Sáenz Peña 875, 3º G. Tel: 4327-1093 y Tel/Fax: 4326-6461.

CHILE: VIAJE A LA ISLA DE PA

Ojos de Pied

Una isla perdida en la inmensidad del océano Pacífico,
extraña civilización aislada del mundo, dedicada al cul
de piedra cuyo significado nunca ha sido enteramente
absoluta y contaminación cero. Playas vírgenes y con

Por Julián Varsavsky

Tras la ventanilla del avión, un cielo límpido y generoso crea la ilusión de que el océano Pacífico es infinito y sin islas. Recién a las cinco horas de vuelo hacia los confines de la tierra, aparece en el horizonte la primera y única excepción a la monotonía celeste del panorama: un pequeño triángulo de tierra emerge en medio de la nada... la isla más remota del planeta (a 4000 kilómetros de la costa más cercana).

Al sobrevolar Rapa Nui (el nombre que le dan los nativos), se advierte la aridez de esta solitaria isla, la más oriental de la Polinesia. A simple vista parece un islote desierto con suaves lomajes verdes, rodeado de caprichosos acantilados de lava negra y tres volcanes ubicados en cada vértice de este triángulo perfecto. "Te Pito O Te Henua" es el otro nombre ofrendado por los antiguos habitantes a este inhóspito paraje que, modestia aparte pero con mucho tino, significa "El ombligo del mundo".

En el pequeño aeropuerto los pascuenses reciben al visitante con las fotos de sus hoteles en mano. Habrá que elegir alguno porque en la Isla de Pascua no hay taxis y, salvo el propio dueño de un hotel, nadie llevará al viajero hasta el poblado de Hangaroa.

El nacimiento de los Moai

Como la isla mide 180 kilómetros cuadrados, se debe elegir un medio de locomoción: bicicleta (10 dólares por día), camioneta 4x4 (50 dólares por día) o una combi con chofer (30 dólares por día). El lugar natural para comenzar la recorrida es la cantera del volcán Rano Raraku, donde llegaban al mundo los Moai. Los gigantes de piedra se tallaban recostados directamente sobre las paredes volcánicas. Luego, como si se les cortara el cordón umbilical, las estatuas eran separadas de la roca madre para transportarlas al resto de la isla. En Rano Raraku el visitante asiste al nacimiento trunco de centenares de Moai a medio construir que quedaron unidos a la cantera. Otros están de pie esperando desde hace 400 años ser trasladados hasta el sitio que les había sido destinado.

Caballos: *En el interior del cráter del volcán Rano Raraku, los caballos salvajes abrevan en las aguas de la laguna inmóvil, rodeada por algunos Moai.*

Los últimos destellos crepusculares surgen del mar mientras en el interior del cráter se configura un virtual cuadro surrealista: un grupo de caballos salvajes abreva en las aguas de una laguna inmóvil, rodeada por una pronunciada explanada verde donde algunos Moai erguidos parecen descender hacia el centro de la tierra.

Al visitar el volcán Rano Raraku, queda claro que no hay ningún misterio en la construcción de los Moai. Al haberse interrumpido abruptamente la producción (año 1600), en la cantera quedaron representadas una por una las etapas del tallado. Incluso las herramientas de piedra están desperdigadas por el sitio. La hipótesis de la ayuda extraterrestre irrita a los pascuenses, indignados de que desde Occidente se cuestionen los logros de sus ancestros, mientras que a nadie se le ocurriría poner en duda las grandes obras europeas del Medioevo. Lo verdaderamente asombroso de la civilización Rapa Nui es que haya desarrollado técnicas artísticas tan complejas en condiciones de aislamiento absoluto, y en un contexto geográfico tan adverso (apartándose de la norma según los arqueólogos).

El poblado de Hangaroa

Durante la noche, el silencio es tan perfecto que ni siquiera el vecino mar arrima sus murmullos. La actividad comienza temprano en la mañana, cuando las polvorientas calles se pueblan de gente que se saluda con ruidosos "ia-o-rana" (buenos días). Nadie tiene prisa, y nuevamente aparecen en escena los caballos salvajes que se acercan a pastar en la plaza del pueblo. El papel que cumplen estos caballos es extraño; casi siempre están en el medio, como los animales de las películas de Emir Kusturica. Uno los encuentra en los caminos de la isla cerrando el paso, donde permanecen inmutables como las vacas sagradas de la India. Son indiferentes a la presencia del hombre... no le temen, simplemente lo ignoran. Unos pocos han sido domesticados (a los pascuenses no les gusta caminar), y los usan como medio de transporte. En Hangaroa vive la mayoría de los 2900 habitantes de la isla. Prácticamente no circulan autos y sólo dos calles están asfaltadas. Frente a la bahía es

Diego Fernández Labriola

LA COLOSAL CABEZA DE UN MOAI EN LA CANTERA DEL VOLCÁN RANO RARAKU.



LA INMENSIDAD DEL MAR DESDE EL CRÁTER DEL VOLCÁN RANO KAU.



PLAYA DE ANAKENA. LOS UNICOS MOAI QUE MIRAN AL OCÉANO PACIFICO.

Datos útiles

Cómo llegar: LanChile es la única op
es de 933 dólares. Isla de Pascua es la
hasta Papeete es de 989 dólares. Com
rectamente en Santiago, cuesta 274 dól
tura puede bajar hasta los 14 grados. C
rar toda la isla.
Dónde alojarse: Hay muchas casas
ciones económicas con desayuno inclu
Nuri. Calle Hetereki 32. Precio: 25 dóla
es el más lujoso de la isla (150 dólares
633-9130, fax 639-5334 (Oficinas en Sa
Qué comer: En la Taberna del Franc
mienda paladear una suculenta langost
frutos de mar. El curanto es la comida t
so cubierto de piedras volcánicas hace
cocina la carne de pescado o de pollo s
con batatas sin pelar y "poe", un budín
nana. En la idílica playa de Anakena, d
dedor, hay parrillas bajo las palmeras, i
cerdo.
Internet: Diario de la isla e informació

CHILE: VIAJE A LA ISLA DE PASCUA

Ojos de Piedra

Una isla perdida en la inmensidad del océano Pacífico, donde se desarrolló una extraña civilización aislada del mundo, dedicada al culto a los Moai, los dioses de piedra cuyo significado nunca ha sido enteramente develado. Tranquilidad absoluta y contaminación cero. Playas vírgenes y conmovedores paisajes.

Por Julián Varsavsky

Tras la ventanilla del avión, un cielo límpido y generoso crea la ilusión de que el océano Pacífico es infinito y sin islas. Recién a las cinco horas de vuelo hacia los confines de la tierra, aparece en el horizonte la primera y única excepción a la monotonía celeste del panorama: un pequeño triángulo de tierra emerge en medio de la nada... la isla más remota del planeta (a 4000 kilómetros de la costa más cercana).

Al sobrevolar Rapa Nui (el nombre que le dan los nativos), se advierte la aridez de esta solitaria isla, la más oriental de la Polinesia. A simple vista parece un islote desierto con suaves lomajes verdes, rodeado de caprichosos acantilados de lava negra y tres volcanes ubicados en cada vértice de este triángulo perfecto. "Te Pito O Te Henua" es el otro nombre ofrendado por los antiguos habitantes a este inhóspito paraje que, modestia aparte pero con mucho tino, significa "El ombligo del mundo".

En el pequeño aeropuerto los pascuenses reciben al visitante con las fotos de sus hoteles en mano. Habrá que elegir alguno porque en la Isla de Pascua no hay taxis y, salvo el propio dueño de un hotel, nadie llevará al viajero hasta el poblado de Hangaroa.

El nacimiento de los Moai

Como la isla mide 180 kilómetros cuadrados, se debe elegir un medio de locomoción: bicicleta (10 dólares por día), camioneta 4x4 (50 dólares por día) o una combi con chofer (30 dólares por día). El lugar natural para comenzar la recorrida es la cantera del volcán Rano Raraku, donde llegaban al mundo los Moai. Los gigantes de piedra se tallaban recostados directamente sobre las paredes volcánicas. Luego, como si se les cortara el cordón umbilical, las estatuas eran separadas de la roca madre para transportarlas al resto de la isla. En Rano Raraku el visitante asiste al nacimiento trunco de centenares de Moai a medio construir que quedaron unidos a la cantera. Otros están de pie esperando desde hace 400 años ser trasladados hasta el sitio que les había sido destinado.

Caballos: ***En el interior del cráter del volcán Rano Raraku, los caballos salvajes abrevan en las aguas de la laguna inmóvil, rodeada por algunos Moai.***

LA COLOSAL CABEZA DE UN MOAI EN LA CANTERA DEL VOLCÁN RANO RARAKU.

Los últimos destellos crepusculares surgen del mar mientras en el interior del cráter se configura un virtual cuadro surrealista: un grupo de caballos salvajes abreva en las aguas de una laguna inmóvil, rodeada por una pronunciada explanada verde donde algunos Moai erguidos parecen descender hacia el centro de la tierra.

Al visitar el volcán Rano Raraku, queda claro que no hay ningún misterio en la construcción de los Moai. Al haberse interrumpido abruptamente la producción (año 1600), en la cantera quedaron representadas una por una las etapas del tallado. Incluso las herramientas de piedra están desperdigadas por el sitio. La hipótesis de la ayuda extraterrestre irrita a los pascuenses, indignados de que desde Occidente se cuestionen los logros de sus ancestros, mientras que a nadie se le ocurriría poner en duda las grandes obras europeas del Medioevo. Lo verdaderamente asombroso de la civilización Rapa Nui es que haya desarrollado técnicas artísticas tan complejas en condiciones de aislamiento absoluto, y en un contexto geográfico tan adverso (apartándose de la norma según los arqueólogos).

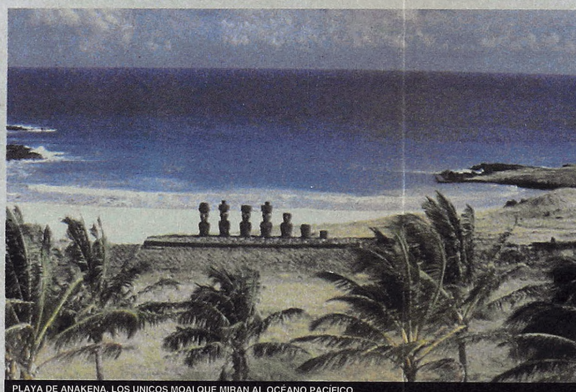
El poblado de Hangaroa

Durante la noche, el silencio es tan perfecto que ni siquiera el vecino mar arrima sus murmullos. La actividad comienza temprano en la mañana, cuando las polvorientas calles se pueblan de gente que se saluda con ruidosos "ia-o-rana" (buenos días). Nadie tiene prisa, y nuevamente aparecen en escena los caballos salvajes que se acercan a pastar en la plaza del pueblo. El papel que cumplen estos caballos es extraño; casi siempre están en el medio, como los animales de las películas de Emir Kusturica. Uno los encuentra en los caminos de la isla cerrando el paso, donde permanecen inmutables como las vacas sagradas de la India. Son indiferentes a la presencia del hombre... no le temen, simplemente lo ignoran. Unos pocos han sido domesticados (a los pascuenses no les gusta caminar), y los usan como medio de transporte. En Hangaroa vive la mayoría de los 2900 habitantes de la isla. Prácticamente no circulan autos y sólo dos calles están asfaltadas. Frente a la bahía es común ver a la gente practicar el deporte tradicional del lugar: el canotaje, también disponible para los turistas. Casi la mitad de los pobladores son chilenos continentales y el mestizaje casi no existe. A los nativos pascuences se los reconoce con facilidad por sus rasgos polinesios (raza maorí): cabellos lacios, fina fisonomía, contextura robusta y elevada estatura. Las mujeres ostentan una exótica belleza, con cuerpos delgados y un inquietante quiebre de cadera al andar. Se habla (además del castellano) un dialecto de tronco polinesio. Los pascuenses no se relacionan demasiado con el turista, pero es posible que se acerquen en busca de desafíos futbolísticos.

Diego Fernández Labriola



LA INMENSIDAD DEL MAR DESDE EL CRÁTER DEL VOLCÁN RANO KAU.



PLAYA DE ANAKENA. LOS ÚNICOS MOAI QUE MIRAN AL OCÉANO PACÍFICO.



Los Moai de Tongariki

Los Moai están distribuidos a lo largo de toda la línea costera, mirando siempre hacia el interior de la isla (la razón es desconocida). Están emplazados sobre unas plataformas llamadas Ahu, que originalmente eran tumbas abiertas construidas mucho antes que los Moai. De hecho, todavía quedan algunos Ahu con antiquísimos huesos al alcance de la mano de cualquier turista inescrupuloso. El Ahu de Tongariki tiene una amplitud de 160 metros y sostiene quince rígidos Moai perfectamente alineados. Fue construido alrededor del año 1000, cuando se desató la fiebre escultórica en Rapa Nui. Las figuras miden entre 3 y 10 metros de alto y pesan unas 80 toneladas. Sus ojos, vacíos e inexpresivos, parecieran otear el infinito con pétreas miradas. Las orejas son alargadas y los brazos se apoyan en el abdomen, mientras que los cuerpos se cortan abruptamente al nivel de la cintura.

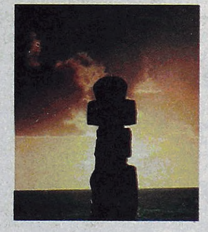
Soledad: ***"Te Pito O Te Henua" llamaron los antiguos habitantes a este solitario paraje en medio del océano. El nombre significa "El ombligo del mundo".***

En Tongariki sólo uno de los Moai tiene colocado el pukao, que a simple vista parece un sombrero, pero en realidad es un tocado. Originalmente, todas las esculturas tenían su tocado de color rojo extraído de una cantera especial de escoria rojiza. Los arqueólogos han deducido la técnica para levantar los Moai (que se transportaban acostados), pero no tienen la menor idea acerca de cómo se hacía luego para colocar esos tocados de 11 toneladas.

Desde el volcán Rano Kau

El vértice sur de la isla se reserva la perspectiva más espectacular de todo Rapa Nui, desde el borde del cráter del volcán Rano Kau. Hacia dentro, un profundo hoyo lleno de charcos de agua se asemeja a la superficie lunar. Al mirar hacia afuera, la radiante inmensidad del mar se nos viene encima, mientras en el horizonte se perfila la media circunferencia del globo terráqueo, formando un arco de casi 180 grados a nuestro alrededor. Pararse en este vértice del triángulo –el punto más alto de la isla– mirando de frente al mar, despierta la sensación de estar totalmente rodeados de agua (no se ve nada más, ni siquiera a los costados).

En la ladera del volcán perduran los restos de la ciudad ceremonial de Orongo, con sus recintos circulares de piedra en los que se llevaba a cabo el rito de la elección del Hombre-Pájaro. Hay desperdigados unos 100 petroglifos –piedras talladas con bajorrelieves– que esperan algún día ser interpretados (existen 4000 en toda la isla, y no es improbable que encierren el acertijo de los Moai).



Recorrer los solitarios senderos de la Isla de Pascua despierta una singular sensación de vacío, de estar aislados del mundo en medio de la nada. Aunque suene paradójico, en este minúsculo paraje se percibe una inmensidad inconmensurable. Además, no es el típico viaje al pasado, como recorrer los empedrados de Pompeya o husmear en las casas de la ciudad inca de Cuzco. Aquí no hay prácticamente nada que denote, a simple vista, que la isla guareció una gran civilización; salvo el contraste de esos desconcertantes ídolos diseminados por las colinas, cuyo significado último fue sepultado por el tiempo.

La rebelión de los Orejas Cortas



En Rapa Nui la historia se mezcla con la leyenda. Se supone que el rey Hotu Matua llegó a esta isla deshabitada alrededor del siglo III, empujado por una tormenta mientras buscaba nuevos horizontes. Según los relatos orales, 200 hombres llegaron desde Polinesia a bordo de dos grandes piraguas, luego de ser derrotados en una guerra tribal.

En el siglo X se desató la compulsión por construir Moai, a tal punto que los esfuerzos de los 10.000 habitantes de la isla estaban centrados en estos trabajos. Con el transcurso de los siglos fue surgiendo una casta sacerdotal (los Orejas Largas), que acabó sometiendo a la esclavitud a los Orejas Cortas, resignados a pasarse la vida picando piedra en la cantera del Rano Raraku. Se priorizó construir estatuas en desmedro de la producción de alimentos, mientras que los bosques fueron talados. Doblegados por el hambre, los Orejas Cortas se rebelaron a principios del 1600 y terminaron quemando vivos a sus explotadores. Inmediatamente se suspendió la producción de los Moai, que de ser un culto a los dioses se había convertido en un culto a la clase dominante. Fue el fin de un orden político que duró 1000 años, y como símbolo de la victoria todos los Moai fueron tumbados. Es por ello que los occidentales que llegaron a la isla los encontraron de bruces en el piso.

El domingo de Pascua de 1722 un buque holandés descubrió Rapa Nui para el mundo occidental, y la isla fue bautizada. Fueron recibidos tan hospitalariamente que hasta pudieron disfrutar de las mujeres nativas. En Rapa Nui se desconocía la propiedad privada, y así como los habitantes compartían todo, también se consideraban con derecho a tomar lo que les gustaba del otro. Como consecuencia, los marinos perdieron unos sombreros; demasiada osadía ante estos holandeses... el resultado fue la muerte de 13 nativos y una urgente retirada. En 1805 un buque norteamericano secuestró a 22 hombres y mujeres para trabajar en la caza de focas. A los tres días de navegación, los cautivos fueron desencadenados, pero inmediatamente se lanzaron al mar. En 1862, mil pascuenses fueron capturados para trabajar en la explotación de guano en Perú. Los pocos sobrevivientes regresaron a Rapa Nui trayendo con ellos la lepra y la viruela, que exterminaron a casi toda la población. En 1888 el comandante Policarpo Toro Hurtado tomó posesión de la isla en nombre de Chile. Finalmente, la evangelización borró todo rasgo de "paganismo", y hoy en día los descendientes de los antiguos pascuenses son mayoritariamente católicos.

Datos útiles

Cómo llegar: LanChile es la única opción. El precio en agencia de viajes es de 933 dólares. Isla de Pascua es la escala hasta Tahití. El precio total hasta Papeete es de 989 dólares. Comprar el pasaje a la Isla de Pascua directamente en Santiago, cuesta 274 dólares menos. En agosto, la temperatura puede bajar hasta los 14 grados. Cuatro días son suficientes para explorar toda la isla.

Dónde alojarse: Hay muchas casas familiares ampliadas que ofrecen opciones económicas con desayuno incluido, por 20 dólares. Residencia Apina Nuri. Calle Hetereki 32. Precio: 25 dólares Tel.: 223-292. El Hotel Hangaroa es el más lujoso de la isla (150 dólares la habitación doble). Reservas: tel. 633-9130, fax 639-5334 (Oficinas en Santiago).

Qué comer: En la Taberna del Francés –con vista a dos Moai– se recomienda paladear una suculenta langosta (25 dólares) o probar la variedad de frutos de mar. El curanto es la comida tradicional de la isla. Un hoyo en el piso cubierto de piedras volcánicas hace las veces de horno, mientras la leña cocina la carne de pescado o de pollo sobre hojas de plátano. Se acompaña con batatas sin pelar y "poe", un budín dulce hecho con harina, zapallo y banana. En la idílica playa de Anakena, donde no hay un solo negocio ni vendedor, hay parrillas bajo las palmeras, ideales para asar un pollo o carne de cerdo.

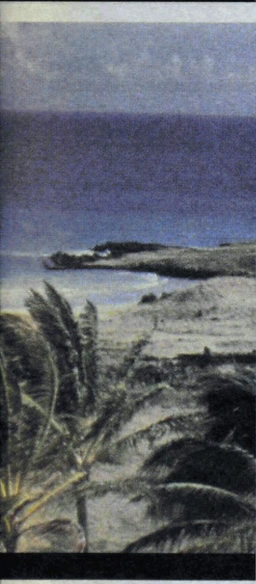
Internet: Diario de la isla e información: www.rapanui.co.cl

ra

donde se desarrolló una o a los Moai, los dioses develado. Tranquilidad novedores paisajes.

Diego Fernández Labriola







común ver a la gente practicar el deporte tradicional del lugar: el canotaje, también disponible para los turistas. Casi la mitad de los pobladores son chilenos continentales y el mestizaje casi no existe. A los nativos pascuenses se los reconoce con facilidad por sus rasgos polinesios (raza maorí): cabellos lacios, fina fisonomía, contextura robusta y elevada estatura. Las mujeres ostentan una exótica belleza, con cuerpos delgados y un inquietante quiebre de cadera al andar. Se habla (además del castellano) un dialecto de tronco polinesio. Los pascuenses no se relacionan demasiado con el turista, pero es posible que se acerquen en busca de desafíos futbolísticos.

Los Moai de Tongariki

Los Moai están distribuidos a lo largo de toda la línea costera, mirando siempre hacia el interior de la isla (la razón es desconocida). Están emplazados sobre unas plataformas llamadas Ahu, que originalmente eran tumbas abiertas construidas mucho antes que los Moai. De hecho, todavía quedan algunos Ahu con antiquísimos huesos al alcance de la mano de cualquier turista inescrupuloso. El Ahu de Tongariki tiene una amplitud de 160 metros y sostiene quince rígidos Moai perfectamente alineados. Fue construido alrededor del año 1000, cuando se desató la fiebre escultórica en Rapa Nui. Las figuras miden entre 3 y 10 metros de alto y pesan unas 80 toneladas. Sus ojos, vacíos e inexpresivos, parecieran otear el infinito con pétreas miradas. Las orejas son alargadas y los brazos se apoyan en el abdomen, mientras que los cuerpos se cortan abruptamente al nivel de la cintura.

> **Soledad:** ***"Te Pito O Te Henua" llamaron los antiguos habitantes a este solitario paraje en medio del océano. El nombre significa "El ombligo del mundo".***

En Tongariki sólo uno de los Moai tiene colocado el pukao, que a simple vista parece un sombrero, pero en realidad es un tocado. Originalmente, todas las esculturas tenían su tocado de color rojo extraído de una cantera especial de escoria rojiza. Los arqueólogos han deducido la técnica para levantar los Moai (que se transportaban acostados), pero no tienen la menor idea acerca de cómo se hacía luego para colocar esos tocados de 11 toneladas.

Desde el volcán Rano Kau

El vértice sur de la isla se reserva la perspectiva más espectacular de todo Rapa Nui, desde el borde del cráter del volcán Rano Kau. Hacia dentro, un profundo hoyo lleno de charcos de agua se asemeja a la superficie lunar. Al mirar hacia afuera, la radiante inmensidad del mar se nos viene encima, mientras en el horizonte se perfila la media circunferencia del globo terráqueo, formando un arco de casi 180 grados a nuestro alrededor. Pararse en este vértice del triángulo –el punto más alto de la isla– mirando de frente al mar, despierta la sensación de estar totalmente rodeados de agua (no se ve nada más, ni siquiera a los costados).

En la ladera del volcán perduran los restos de la ciudad ceremonial de Orongo, con sus recintos circulares de piedra en los que se llevaba a cabo el rito de la elección del Hombre-Pájaro. Hay desperdigados unos 100 petroglifos –piedras talladas con bajorrelieves– que esperan algún día ser interpretados (existen 4000 en toda la isla, y no es improbable que en-



cierren el acertijo de los Moai).

Recorrer los solitarios senderos de la Isla de Pascua despierta una singular sensación de vacío, de estar aislados del mundo en medio de la nada. Aunque suene paradójico, en este minúsculo paraje se percibe una inmensidad inconmensurable. Además, no es el típico viaje al pasado, como recorrer los empedrados de Pompeya o husmear en las casas de la ciudad inca de Cuzco. Aquí no hay prácticamente nada que denote, a simple vista, que la isla guareció una gran civilización; salvo el contraste de esos desconcertantes ídolos diseminados por las colinas, cuyo significado último fue sepultado por el tiempo.

ción. El precio en agencia de viajes
escala hasta Tahití. El precio total
rar el pasaje a la Isla de Pascua di-
ares menos. En agosto, la tempera-
uatro días son suficientes para explo-

amiliares ampliadas que ofrecen op-
do, por 20 dólares. Residencia Apina
es Tel.: 223-292. El Hotel Hangaroa
a habitación doble). Reservas: tel.
ntiago).
s –con vista a dos Moai– se reco-
(25 dólares) o probar la variedad de
adicional de la isla. Un hoyo en el pi-
as veces de horno, mientras la leña
bre hojas de plátano. Se acompaña
ulce hecho con harina, zapallo y ba-
nde no hay un solo negocio ni ven-
eales para asar un pollo o carne de

: www.rapanui.co.cl

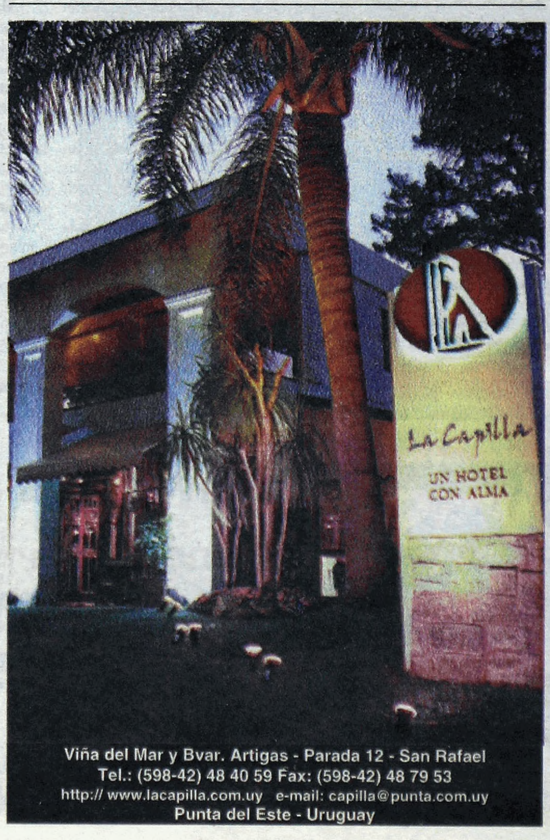
La rebelión de los Orejas Cortas



En Rapa Nui la historia se mezcla con la leyenda. Se supone que el rey Hotu Matua llegó a esta isla deshabitada alrededor del siglo III, empujado por una tormenta mientras buscaba nuevos horizontes. Según los relatos orales, 200 hombres llegaron desde Polinesia a bordo de dos grandes piraguas, luego de ser derrotados en una guerra tribal.

En el siglo X se desató la compulsión por construir Moai, a tal punto que los esfuerzos de los 10.000 habitantes de la isla estaban centrados en estos trabajos. Con el transcurso de los siglos fue surgiendo una casta sacerdotal (los Orejas Largas), que acabó sometiendo a la esclavitud a los Orejas Cortas, resignados a pasarse la vida picando piedra en la cantera del Rano Raraku. Se priorizó construir estatuas en desmedro de la producción de alimentos, mientras que los bosques fueron talados. Doblegados por el hambre, los Orejas Cortas se rebelaron a principios del 1600 y terminaron quemando vivos a sus explotadores. Inmediatamente se suspendió la producción de los Moai, que de ser un culto a los dioses se había convertido en un culto a la clase dominante. Fue el fin de un orden político que duró 1000 años, y como símbolo de la victoria todos los Moai fueron tumbados. Es por ello que los occidentales que llegaron a la isla los encontraron de bruces en el piso.

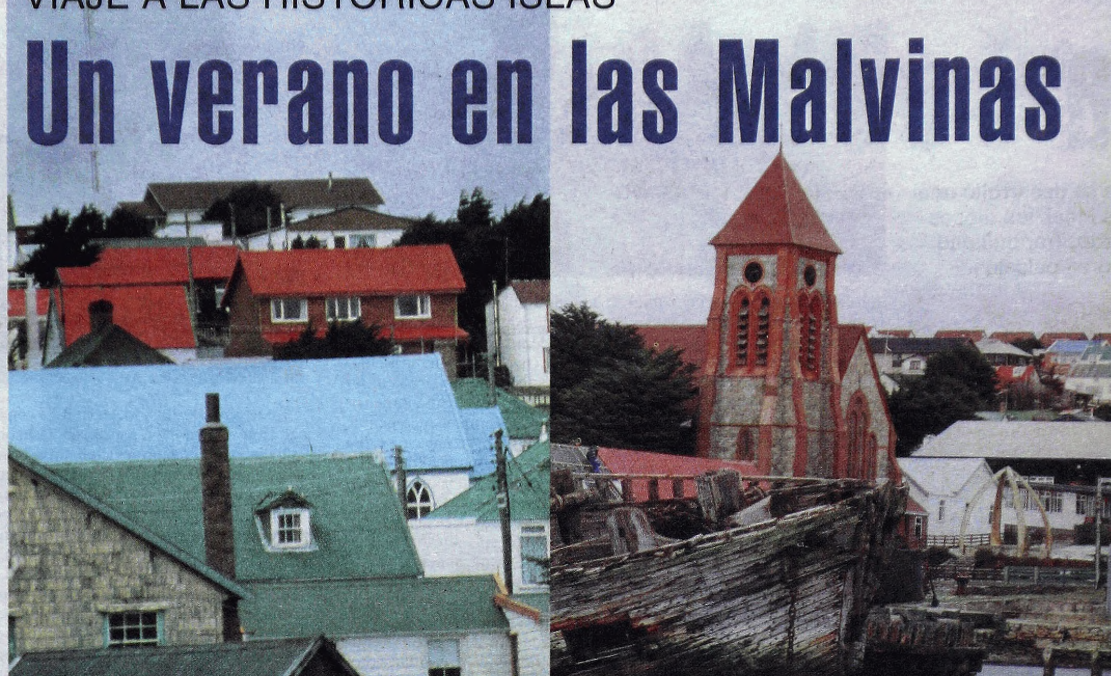
El domingo de Pascua de 1722 un buque holandés descubrió Rapa Nui para el mundo occidental, y la isla fue bautizada. Fueron recibidos tan hospitalariamente que hasta pudieron disfrutar de las mujeres nativas. En Rapa Nui se desconocía la propiedad privada, y así como los habitantes compartían todo, también se consideraban con derecho a tomar lo que les gustaba del otro. Como consecuencia, los marinos perdieron unos sombreros; demasiada osadía ante estos holandeses... el resultado fue la muerte de 13 nativos y una urgente retirada. En 1805 un buque norteamericano secuestró a 22 hombres y mujeres para trabajar en la caza de focas. A los tres días de navegación, los cautivos fueron desencadenados, pero inmediatamente se lanzaron al mar. En 1862, mil pascuenses fueron capturados para trabajar en la explotación de guano en Perú. Los pocos sobrevivientes regresaron a Rapa Nui trayendo con ellos la lepra y la viruela, que exterminaron a casi toda la población. En 1888 el comandante Policarpo Toro Hurtado tomó posesión de la isla en nombre de Chile. Finalmente, la evangelización borró todo rasgo de "paganismo", y hoy en día los descendientes de los antiguos pascuenses son mayoritariamente católicos.



Fotos: Pierre Dumas

VIAJE A LAS HISTORICAS ISLAS

Un verano en las Malvinas



LOS COLORIDOS TECHOS DAN UN AIRE ESCANDINAVO A PUERTO ARGENTINO. CASCOS DE BARCOS BALLENEROS ABANDONADOS EN LOS MUELLES.

Con la apertura de las islas a los argentinos y los vuelos mensuales que salen desde Río Gallegos, las Malvinas se pueden convertir en un destino símbolo para las primeras vacaciones del nuevo milenio. Una guía completa.

Por Graciela Cutuli

Parece poco y es mucho. Estos diecisiete años de fronteras cerradas entre Argentina y las islas Malvinas representan una generación. Son también los años que más cambiaron las islas. Sin hablar de los traumatismos surgidos a raíz de las escenas y las situaciones de guerra, la importancia que adquirieron las islas en el mapa decadente de los restos del Imperio Británico revolucionó la vida de los kelpers. Historia y geoestrategia aparte, las islas son hoy, prosaicamente, la región de Sudamérica con el mayor ingreso per cápita y, turísticamente, están aprendiendo a desarrollar un potencial que hasta ahora se concentraba en los familiares de los militares de la base inglesa.

Hacia Puerto Argentino

Al desembarcar en Mount Pleasant, el austero aeropuerto de las Malvinas, el turista tiene que sufrir la desagradable sensación de haber llegado a un mundo que utiliza la guerra como herramienta de propaganda. Las azafatas son en realidad militares, por más simpáticos que sean; al recuperar las valijas hay que escuchar una charla sobre el peligro de los campos minados, además de asistir a una breve clase sobre reconocimiento de material bélico. Y al salir del edificio, por si fuera poco, el único adorno que tiene el aeropuerto es un avión caza presentado como una obra de arte sobre un pedestal... La atmósfera no es la que puede esperar un turista en busca de vacaciones. Pero ya sabemos que las islas no son para los argentinos un destino como cualquier otro.

Al salir del aeropuerto, los pasajeros son embarcados en ómnibus que los llevan rumbo a la microcapital, Puerto Argentino, una denominación que los kelpers prefieren no escuchar. Para ellos es desde siempre Port Stanley. Son kilómetros de estepas cubiertas de un pasto amarillento, donde se llegan a ver algunas ovejas y, de vez en cuando, algunas casas dispersas. El primer contacto con el pueblo es por esta misma ruta, cuando al aparecer los techos de chapa pintados, un cartel anuncia "Stanley, twinned with Whitby" (Stanley, hermanado con Whitby). Los folletos y los sitios Internet presentan al pueblo como la capital más austral y más pequeña del mundo. Puerto Argentino es en realidad así. La población total no supera los 1700 habitantes, que son de todos modos la mayor parte de las 2200 personas que viven en todas las islas. Físicamente, se parece a todos los pueblos de similares latitudes, ya sean del hemisferio norte o sur. Las casas son de madera pintada de diferentes colores; los techos son de chapa, también pintados, como si se tratara de una población de Noruega a orillas del Atlántico Norte. Esto es tal vez lo único de las islas que no es puramente británico. Por lo demás, todo en las islas es más inglés que en la propia Inglaterra. Desde la comida, casi toda llevada desde Londres, hasta las costumbres, nada separa a Puerto Argentino de un pueblo aislado de los Highlands escoceses o de la campiña del Somerset.

Una visita a la ciudad no lleva muchos días. Más bien, en la semana que hay que quedarse entre los dos vuelos de la línea comercial chilena,



MUCHAS CRUCES DEL CEMENTERIO ARGENTINO EN DARWIN NO TIENEN NOMBRE.

Un oasis de vida

La verdadera riqueza de las islas está en la observación de su fauna. A diferencia de la Patagonia, que tiene grandes colonias de pocas especies de mamíferos marinos, las islas tienen infinidad de colonias de numerosas especies de mamíferos y aves marinas. Empezando por los más populares: los pingüinos, de los cuales hay cinco especies. Los pingüinos papua y los rockhopper son los únicos que residen en las islas todo el año. Los pingüinos magallánicos, como en la Patagonia, se van durante el invierno para volver a tener sus crías en la primavera. También están en el mar los pingüinos rey y los macaroni. Además se pueden ver numerosos elefantes y lobos marinos, y numerosas especies de aves, desde cormoranes y gaviotas hasta gaviotines y el pato vapor de las Malvinas, incapaz de volar.

Para desarrollar el turismo natural, la comisión de turismo de las islas está impulsando una red de *lodges*, es decir hoteles de campo, atendido por los mismos dueños o empleados de las explotaciones agrícolas donde se encuentran. Se trata en general de habitaciones de muy buen nivel con servicios de comida provistos por los mismos encargados. Estos *lodges* están en zonas clave para la observación de la fauna: sobre las islas de Pebble (pingüinos y aves), Sealion (lobos de mar), en San Carlos (pesca, actividades campestres y navegación para el avistaje de fauna desde el mar) y Puerto Howard.

Otra opción interesante es una visita a Jérôme Poncet, un francés instalado en la isla Beaver, la más occidental de todas, que ha pasado varias décadas navegando los mares antárticos. Poncet es uno de los mejores conocedores de las islas y las costas del continente antártico, y ofrece sus servicios a bordo de un velero bien preparado para afrontar el Atlántico Sur. El aconseja sobre todo un crucero a las Georgias del Sur, el verdadero paraíso natural de este lado del globo. Escuchar sus relatos, sus aventuras (compiladas en varios libros) y su interesante y desinteresado punto de vista sobre la guerra y la posguerra en las Malvinas es unas de las mejores experiencias que pueden ofrecer las islas.



EN DARWIN, CASA Y CORRAL CONSTRUIDOS POR LOS GAUCHOS ARGENTINOS.

CASA DEL GOBERNADOR EN PUERTO ARGENTINO.

sobra tiempo como para ver y rever cada rincón de Puerto Argentino, aun pasando buena parte del tiempo en el campo. Las visitas a la ciudad se pueden comenzar en el museo, que ofrece muestras sobre la vida en las islas desde el siglo pasado, la navegación en los tiempos del imperio, y algunas salas sobre la guerra de 1982. Hay que reconocer que esta conflictiva parte de la muestra fue armada con objetividad: no sucede lo mismo en el Museo de la Guerra en San Carlos, donde la parcialidad resulta por demás evidente.

Para ver y no ver

Dejando de lado el conflicto, se puede recorrer la ciudad por su lado más interesante –el de ser un pueblo capital– comenzando por Ross Road, una calle que ofrece un lindo paseo a orillas de la bahía. Siguiendo esta avenida se pasa frente a los principales puntos de Puerto Argentino, empezando por la casa del gobernador, que muestra cierto nivel oficial únicamente por su tamaño, ya que su arquitectura no difiere de la del resto de las Malvinas. El único detalle exótico es que se pueden fotografiar las ovejas del gobernador pastando frente a la casa.

Siguiendo la caminata, se llega a una zona más poblada, que hasta tiene cierto aire de una pequeña ciudad. Allí se concentran el hospital, el colegio con su centro deportivo y un monumento a la guerra del '82, flanqueado por una calle que no se podía llamar sino Margaret Thatcher Street. Siempre hacia el oeste se encuentra el centro cívico, con los edificios que concentran las actividades políticas y jurídicas de las islas, la oficina de correos y el único banco de las islas, un lugar sin duda muy útil para quien no haya conseguido libras esterlinas antes de viajar. A pesar de tener su propia moneda, con la misma cotización de la libra, se aceptan las libras británicas en todas las islas. Además los principales negocios de Puerto Argentino aceptan dólares.

Junto al banco se ubica la oficina militar que da información y mapas de los campos minados. Aunque están bien señalizados, esta parada no es superflua, sobre todo si se prevé una excursión por las afueras. Cruzando la calle está la iglesia católica, cuyo campanario de madera responde al imponente campanario de ladrillos rojos de la catedral anglicana, algunas cuadras más al oeste. Entre las dos iglesias se encuentra el principal shopping: es decir, un supermercado de modesta superficie, flanqueado por un par de tiendas. Frente a este supermercado está uno de estos puntos que para los argentinos es mejor evitar: es la agencia turística que ofrece paseos en lanchas en el puerto y salidas de buceo. Su dueño es uno de los líderes del movimiento antiargentino, y no se da información ni se presta servicio en esta empresa a nuestros compatriotas de paso por las islas. Desde luego, es mejor ir a buscar los servicios de la otra agencia que ofrece los mismos paseos en lancha. Otro lugar al que se recomienda no ir es el pub Deano's, un reducto donde se concentran y emborrachan veteranos británicos de la guerra y sus seguidores locales.

En todo caso, no son pubs lo que falta. Puerto Argentino debe ser uno de los pueblos con mayor cantidad de bares por cabeza: en un sitio tan aislado, estos locales son a la vez bares, restaurantes, clubes sociales, discotecas y puntos de encuentro. El día se empieza en cada casa, y se termina invariablemente en pub, sin importar la edad o profesión del isleño. La transitada calle Ross Road termina frente a la zona portuaria, en un muelle desde donde zarpan los barcos de paseo, y donde se concentran las sedes de varias empresas de las islas, además de la redacción del *Pinguin News*, uno de los tres "diarios" locales.

Finalmente, no hay visita que pueda eludir el Pink Shop, un negocio que se presenta como el Harrod's de los mares del sur. Aunque, títulos

> **Puerto Argentino:** *Las casas son de madera pintada de diferentes colores, igual que los techos, como si se tratara de una población de Noruega a orillas del Atlántico Norte.*

aparte, se trata de una tienda de exiguas dimensiones.

Saliendo del pueblo, las opciones de visita no son tantas, debido a la escasez de presencia humana y la joven historia de las Malvinas. Su mayor atractivo reside en la rica fauna marina que puebla las costas de cualquier isla del archipiélago. También están los campos de batallas y los sitios relacionados con la guerra, que provocan polémica, tanto en las islas como en el continente, por su explotación con fines turísticos.

El cementerio argentino se encuentra en Darwin, un lugar donde hoy sólo vive una familia. Aunque la mayoría de los viajeros visitará el cementerio, hay otros sitios que los argentinos querrán conocer: sobre todo los corrales construidos por gauchos a principios de siglo, cuando los estancieros malvinenses acostumbraban a contratar gente de campo de la Argentina y a veces de Chile para trabajar las tierras. Estos gauchos dejaron sus corrales y sus casas de piedra, muy diferentes de las casas de madera levantadas por los colonos británicos.

En sí, el cementerio es un lugar tan triste como se lo puede imaginar. Ni siquiera necesita la carga de tristeza y emoción que podemos ponerle los argentinos para transmitir la desolación de ser una lengua de tierra frente a las costas azotadas por los vientos. No menos triste es el cementerio británico, en la otra punta de la isla, rodeado por un cinturón de piedra, pero con pocas tumbas en el interior, ya que la mayoría de los soldados ingleses muertos no fueron rescatados del mar.

Otros lugares para recorrer durante la semana de estadía van de Goose Green –un asentamiento con varias decenas de familias, que conforman el segundo núcleo de las islas– hasta Port Louis, en el noroeste, un lugar que concentra las tres historias de la colonización de las Malvinas: la francesa, la inglesa y la hispanoargentina.

El camino de vuelta llevará nuevamente a la ruta principal, la única parcialmente asfaltada. En medio de tanta desolación, el aeropuerto, por más militar que sea, parece un regreso a la civilización, una puerta hacia el continente que nunca debió cerrarse. Pero muy pronto, apenas en vuelo el avión, las islas no son más que sombras que desaparecen bajo la corteza de nubes que parece cubrir este pedazo del Atlántico casi todo el año.

Cómo entrar y viajar a las Malvinas

Documento: pasaporte en vigencia.
Vuelos: un vuelo semanal de la compañía chilena LanChile desde y hacia Punta Arenas, y de allí a Santiago de Chile, y una parada mensual en Río Gallegos.
Restricciones: hay que mostrar en Migraciones el pasaje de regreso, una dirección de hotel o de alojamiento y anunciar la cantidad de dinero llevada para su estadía.
Consejos: es obligatorio reservar un hotel antes de salir, y aconsejable reservar los servicios de un guía, ya que muchos están ocupados entre noviembre y marzo, cuando llegan los cruceros. El sábado por la tarde, cuando llega el avión, el banco está cerrado, de modo que es mejor llevar libras consigo. En los supermercados se puede llegar a pagar con dólares (están abiertos los sábados por la tarde), pero a una tasa de cambio muy superior a la oficial.
Receptivo en la isla: Stanley Services. Contacto: Carole Bedford, 00500-22622.
Auto con chofer: Montana Short (habla español), 00-500-21076.
Para cruceros y navegar entre las islas: Jerôme Poncet, 00-500-422316.


LA BUCÓLICA IMAGEN DE LOS MUELLES DE MADERA SOBRE EL RÍO.


MIMBRES, FRUTAS Y ARTESANÍAS EN EL PUERTO DE FRUTOS.


LA LANCHA ALMACÉN LLEVA Y TRAE COMIDA, BEBIDA Y DIARIOS.

PASEOS POR EL DELTA BONAERENSE

Tan cerca y tan distinto

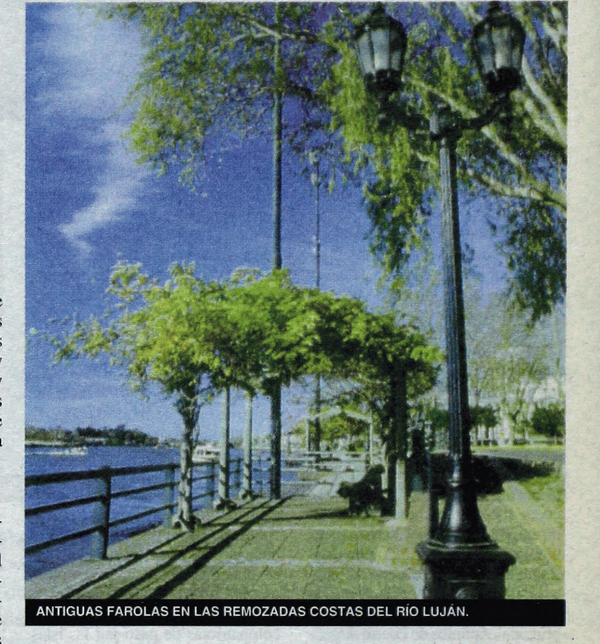
A pocos minutos de la Capital, un fantástico mundo acuático espera a los visitantes. En el Delta del Paraná, ríos y arroyos entre islas e islotes que a lo largo de los años se fueron poblando de casas, muelles y recreos. Paseos por Tigre y excursiones náuticas hasta la costa uruguaya.

Por Lilia Ferreyra

Ríos bordeados de altas casuarinas, arroyos que se estrechan entre las islas y el agua que sube y baja como si nunca quisiera salir de esos 220 kilómetros cuadrados que encierran el Paraná de las Palmas, el canal arias, el río Luján y el Río de la Plata. Es la llamada primera sección del Gran Delta del Paraná, y la más conocida de ese fantástico mundo acuático que todavía guarda parajes inexplorados. Ahí nomás, a una media hora en auto desde el centro de Buenos Aires o a una hora en tren, el paisaje isleño sorprende a quienes llegan por primera vez a Tigre y se embarcan para emprender un paseo por el Delta. En la travesía, los viajeros podrán descubrir en las márgenes de los ríos algunas de esas encantadoras casas de madera con galerías que se construyeron en las primeras décadas de este siglo y los muelles que se suceden unos a otros como portales de una ciudad mágicamente surgida de entre las aguas. Ríos y arroyos marrones en medio de juncales y una vegetación que se enrojece en el otoño y se apaga en el invierno para resurgir en la primavera y el verano con todos los verdes, lavandas, blancos y rojos de las casuarinas, robles y liquidámbar; crisantemos, rosas, jazmines y madreselvas. Para algunos, un mundo encantado; para otros, muchos mosquitos. Pero más allá de los claroscuros de la naturaleza que, como tal, suele ser desbordante, lo cierto es que andar por el Delta –aunque sólo se llegue a la primera sección– es sumergirse en un lugar donde el agua reemplaza el cemento de las calles urbanas y el tiempo va y vuelve como un subibaja que sigue la inconstante corriente del río. Nada mejor entonces que quedarse allí todo un día y su noche, y despertarse con el barullo de jilgueros, gorriones y todo tipo de pajaritos. Lamentablemente, en el verano, la placidez del silencio muchas veces se ve invadida por los "acquaman" y sus tronantes motos acuáticas. Como es el placer de algunos (y pasan muy rápido), el alma isleña se resigna y espera que llegue el otoño mientras admira los silenciosos veleros que navegan inmutables y serenos hacia el imponente Paraná.

Fin de siglo

En estos últimos años, muchas cosas han cambiado en el Tigre. La estación de trenes no es la misma y el acceso en auto hasta el embarcadero de las lanchas colectivas está todo embanderado con una hilera de mástiles donde flamean los colores de 186 países miembros de las Naciones Unidas. En las calles circulares que bordean la costa del río Luján se han instalado restaurantes y confiterías e incluso el viejo Club de Regatas Hispano Argentino se ha transformado en el enorme restaurante Vuelta y Victorica que sólo pueden llenarlo 350 comensales. Por supuesto, ahí está el Parque de la Costa y el flamante casino, pero también el antiguo Puerto de Frutos y la posibilidad de realizar excursiones acuáticas en catamaranes o en otro tipo de embarcaciones que llegan hasta la costa uruguaya. Uno de estos paseos en la empresa Líneas Delta lleva a los visitantes hasta Nueva Palmira, ubicada a 20 kilómetros de Carmelo, a través de los canales del Delta bonaerense y ofrece la posibilidad de almorzar en el tradicional Hotel Laura, a orillas del Paraná, un lugar que invita a volver para pasar un fin de semana junto al río con la caña de pescar o con nada más que un simple traje de baño.


ANTIGUAS FAROLAS EN LAS REMOZADAS COSTAS DEL RÍO LUJÁN.